

El Calvario de China!...

Política comunista con los ricos

N. N.

Desde hace tiempo, creía que la política respecto a los ricos—accionistas, propietarios, terratenientes, comerciantes—practicada por los funcionarios locales con aspereza e injusticia vergonzosas, era ignorada en las altas esferas; qué sencillez la mía! Son los jefes supremos quienes la quieren y organizan aun en sus detalles más mínimos. Es un sistema social decretado, impuesto y que hay que realizarlo, cueste lo que cueste, por el “bienestar del pueblo”.

En China hay grandes acaudalados y hay también pobres hasta la miseria. Esto lo concedía gustoso a mis interlocutores, pero les hacía notar que en el origen de estas riquezas no siempre se encontraba la injusticia, muchas veces también era el fruto de un trabajo noble y constante; y en esta pobreza, no hay a menudo una pereza inexcusable u otros motivos parecidos? Pero los comunistas no se plantean así la cuestión. Sólo buscan aplastar, aniquilar a la clase rica. “Han gozado demasiado, han comido demasiada carne, han tenido casas muy cómodas, han sido demasiado dichosos. Les llegó la hora de expiar, de sufrir”. Y se traza y se practica todo un sistema para que estos condenados sean privados de todos sus bienes, arrojados a la calle, sin ropa y sin alimento. Si recalcitrán se les apresará. Si tratan de huir, de ocultar su oro, está lista la tortura y la muerte. Y para encontrar algún pretexto, bastará una palabra imprudente, un olvido, una falta de atención, aunque date de diez o veinte años atrás. Los envidiosos y los pordioseros tienen muy buena memoria y fecundísima capacidad de invención.

Al principio fueron todo amabilidad y sonrisa, por lo que muchos ricos honrados fueron ganados para la “causa”. A todos prometían la dicha y aun los ricos consentían en hacer algunos sacrificios.

Pero pronto aparecieron sus verdaderas intenciones llenas de odio y de envidia. Empezaron con el reparto de tierras por etapas sucesivas. Este reparto, para los dirigentes comunistas, es la panacea universal: el remedio de todos los males, la fuente de todos los bienes. De aquí el celo ardoroso con que lo han organizado y realizado, no de un modo uniforme, sino acomodándose a las condiciones locales. Esta región cuenta con pequeños colonos llegados hace veinte años de Haimen, que estaba sobrepoblada. Poco

a poco tomando en alquiler de las Compañías algunas porciones de tierra y mediante un trabajo duro y mal asegurado, llegaron a constituirse en propietarios de sus campos. Con el tiempo y el trabajo casas de ladrillo y teja reemplazaron a las primitivas de barro y caña. Eran honrados, trabajadores serviciales, pero han tenido la desgracia de ser catalogados entre los "propietarios", los "ricos". Hay que repartir sus bienes entre la chusma perezosa, fumadora de opio. Cada familia tendrá derecho a cinco o seis meos de buenas tierras y otros tantos de malas, y todo el mundo quedará contento.

En todas partes, después de los conciliábulos entre los funcionarios, vinieron las asambleas populares para determinar estos repartos. Los propietarios, delante del populacho, tuvieron que declarar sus posesiones, dar una satisfacción y "libremente", con la sonrisa en los labios, abandonar parte de sus tierras.

Si se hubieran contentado con eso, no serían tantos los destrozos. Pero los nuevos propietarios, excitado su apetito y bien adiestrados, reclamaron más, y se hicieron repartos sucesivos. Para esos mendigos las mejores tierras, y juntamente después de sembradas, escardadas, y hechos todos los gastos, casi en vísperas de la recolección. Se puede adivinar el entusiasmo por el trabajo. ¿Quién tendrá gana de cultivar su campo, que va a ser entregado a su vecino?

Pero pronto no hubo posibilidad de más repartos: ya que poco a poco han entregado las tierras, a solos los mendigos y a los simpatizadores del régimen. Los antiguos propietarios habían desaparecido. Muchos huyeron a Shangai. Los otros arrojados un bonito día a la puerta de su casa, se han convertido en mendigos. Se les concede aún una casucha; la de su obrero o criado de ayer, pero hay de él, si le sorprenden en la noche llorando o murmurando. Vendrán nuevas vejaciones. O si un enemigo personal les acusa de ocultar oro! En reunión local, o general, se les hace comparecer para que declaren. Las torturas más refinadas facilitan las confesiones. Amigos míos, y aun mujeres en cinta, han sido golpeadas, colgadas, atadas fuertemente y varias murieron de eso.

Desdichado del que tuviese un hijo en una escuela o en una tienda de Shangai. O el que a escondidas se distrajo y compró carne, vino. . . . Es que todavía tienen dinero. . . . y apresados, los azotan, les aplican hachas encendidas, sometidos a las mayores humillaciones, obligándoles a arrastrarse por el suelo, a permanecer arrodillados sobre ladrillos, con enormes pesos en las manos. Todas las atrocidades que puede inventar la bestia humana están reservados a estos desgraciados y todo delante de una chusma que aulla frenética.

Cuántas fueron las víctimas en mi región? Nadie lo sabe, pues nadie se atreve a hablar. Entre estas víctimas hubo también cristianos míos y yo mismo lo iba a ser, pues muchas veces me anunciaron suerte parecida, ya que en las "reuniones" hablaban de la Misión Católica como propietaria de dos campos de algodón y de una huerta, y esto excitaba el celo de un apóstata. Fué caso de expoliación que me quitó la mitad de mis tierras. Me anunciaban otras desgracias: una buena cristiana vino a consolarme: "Padre, va a sufrir, pero ánimo es únicamente por Dios". Y lloraba.

Esos daños me fueron ahorrados: no me atormentaron ni mataron, aunque me aseguraron que me lo reservaban para más tarde.

Admiro la paciencia de estos aldeanos, de estos paganos; sin embargo hubo muchos suicidios y sobre todo muchos casos de locura.

En un comienzo, al instalarse en el país los comunistas, los establecimientos de las grandes compañías: depósitos, fábricas, etc. fueron saqueados, destruidos, incendiados. Sobre todo al aproximarse las tropas nacionalistas. La misma suerte íbamos a correr nosotros según la opinión común, pues nuestras casas, no podrían ser ya utilizadas por ellos para clases, congresos y comedias desde que los nacionalistas se instalaron en la región. Perspectiva dolorosa que no impidió a nuestras religiosas presentandinas cultivar el resto de nuestras tierras hasta la víspera de la partida.

Al reparto de tierras siguió el de las casas, el del mobiliario, el de los instrumentos de trabajo, el de los vestidos, todo había sido debidamente declarado, anotado y luego distribuido bajo la vigilancia de los comisarios rurales. Como se puede adivinar, fué verdadero desenfreno de apetitos feroces e insaciables seguidos de envidias y venganzas terribles. Nuevas oportunidades para agobiar y humillar más a los expertos. Sabido es cómo en las aldeas los campesinos se aferran a sus bienes.

En adelante como cada uno poseía ya su pedazo de tierra, reglamentaron las diversas corporaciones, y fijaron los salarios, bajo la base de que un salario ha de servir para alimentar a tres personas.

Y para hacer imposible el contratar criados y obreros, aumentaron más aún los salarios, así que, los apartaban de todo antiguo rico que se veía obligado a trabajar personalmente aunque nunca se hubiese asomado antes a su campo. Por lo demás, ya resisten los antiguos asalariados, obligados ellos mismos a cultivar su campo so pena de quitarles el que les habían dado. Pero muchos son incapaces, ignorantes, o impotentes (por la edad, enfermedad, y por los múltiples y prolongados trabajos forzados); entonces, les multan y les amenazan con quitarles el campo sin cultivar.

Y si lo cultiváis, no os apresuréis demasiado, porque os obligarán a ayudar a vecinos más perezosos, lentos. Y además, existen esos inválidos de guerra, a quienes dieron también tierras, y que hay que cultivárselas; no son por ventura nuestros salvadores?

Llega la hora de la cosecha, no os alegréis demasiado pronto, si vuestro algodón es mejor y más abundante que el del vecino, estaréis en peligro de tenérselo que ceder. . . . Todos somos hermanos. . . .

Los comerciantes no tienen una suerte mejor. Los grandes comerciantes, huyeron hace tiempo a regiones más seguras; los pequeños quedan: no les han cerrado el negocio como a los otros, es verdad, pero les imponen impuestos terribles: les fijan los precios de antemano, con ventaja para el comprador, no pueden abrir el comercio, sino en días limitados. . . . Todas las molestias y trabas posibles. Y por encima de todo, existe la competencia de las tiendas oficiales con precios halagadores, con mercancías abundantes

que llegaron por caminos ilícitos, y los empleados son funcionarios del gobierno, jóvenes y señoritas que sonríen. . . .

Pronto se hace imposible todo trabajo y todo comercio. Pero que nadie se inquiete por ello: El estado, instalado como dueño de todos los movimientos e iniciativas ha previsto un régimen comunitario en que la carne, las legumbres, los vestidos, la cama, los utensilios del hogar, e instrumentos de trabajo, todo se distribuirá en perfecta igualdad.

Acaso no está previsto, el que por grupos de diez familias, se irá a comer siguiendo un menú oficial, hoy donde fulano, y mañana donde zutano. . . ?

Y, delicadeza especialmente conmovedora; han pensado también en los jóvenes que suspiran por el matrimonio, y a esos soldados inválidos a quien nadie quiere, por decreto, les dan niñas de diez y seis o diez y siete años; conozco un lugar en donde un buen día se llevaron como ensayo a cincuenta jóvenes o viejos para casarlos con cincuenta muchachas o viejas a la buena de Dios. Como sacerdote cuidadoso de la suerte de mis cristianos, en los últimos meses he tenido que bendecir a toda prisa muchos matrimonios, aprovechando los privilegios que en previsión me había dado el Sr. Obispo. Y se preparan otras muchas reformas anunciadas en las "reuniones" donde peroran los funcionarios, bajo la custodia de los milicianos; reformas "respetuosas" de la dignidad de la libertad humana: en este paraíso rojo, cada uno tendrá derecho a solo dos vestidos, a una manta y a una taza para el arroz y a una choza de barro prensado con techo de paja para cuatro personas, y allí la vida familiar hasta en sus actos más íntimos, será vigilada y reglamentada.

Todos tendrán que trabajar: el trabajo, y solo se trata del manual, hé ahí el término, la corona del edificio comunista, el trabajo manual que da él solo derecho a todos los privilegios, honores, y gracias y ante todo el alimento y a la vida. En la ciudad comunista no hay lugar para los intelectuales, los ociosos, los inútiles, los ancianos y los inhábiles, ya sabrán hacerlos desaparecer para aligerar el peso de la sociedad.

Estos nuevos ricos; han encontrado la felicidad? Estos campesinos; se alegran de ser objeto de tantas solicitudes? Pasadas las primeras horas de entusiasmo, puestos ante la realidad, se ponen a pensar: estos regalos de Mao-tse-tong los pagamos bien caros: nuestros hijos enrolados, perdida nuestra libertad de trabajo, desaparecida la vida de familia, el hambre asegurada ya que a nadie le gusta cultivar su campo (la hierba mala brota pujante en estas tierras nuevas, ya de sí malas) y esos pillajes, esas requisiciones, esos trabajos comunes, esas ocupaciones, y esos pasos continuos de tropas diversas. . . . será esa la felicidad, la libertad y la igualdad que nos anunciaron? Y en cuentas claras, todas esas destrucciones, esas ruinas, esas matanzas, esos desórdenes, eran necesarios para llegar a esto?

El pueblo, el verdadero pueblo, que es pobre y más pobre que antes, tras dolorosas experiencias, ha comprendido que esos comunistas no son los salvadores, los pacificadores, los amigos como se decía al principio. . . . Y en la primera ocasión que se les ofrece de abandonar ese "paraíso", estos pobres huyen, aun a riesgo de encontrar en la región de los nacionalistas, mi-

seria hambre y muerte; pero hay que huir a cualquier precio y dejarlo todo: quien ha visto con sus ojos esas filas interminables de refugiados, fugitivos, ha perdido toda ilusión en el valor social del comunismo. En sola mi región campesina, seis décimos de la población, han huído, entre ellos la mitad de mis cristianos.

Cuántos confiesan allí mismo (cuando están seguros de no ser denunciados) su error: nos han engañado, y llegan hasta suspirar ellos, chinos, por aquellos japoneses odiados: "con ellos teníamos por lo menos libertad, podíamos ir a donde quisiéramos, dedicarnos a nuestros trabajos, hacer nuestro comercio. . . . Con estos ya no hay más libertad, no somos mas que esclavos, tratados peor que estos cerdos", palabras textuales.

